

## LA FUSION CON LA NATURALEZA EN BÉCQUER Y ALEIXANDRE

No se ha hecho aún, que yo sepa, un estudio sobre la presencia de Bécquer en los poetas de la famosa generación del 27, y no me refiero tanto a las posibles huellas, que sin duda existen, cuanto a la simpatía y admiración profundas que los poetas de aquella generación han mostrado por la figura —el hombre y el poeta— del autor de las *Rimas*<sup>1</sup>. Ciertamente que en esa admiración por Bécquer les habían precedido los grandes poetas de la generación anterior —Unamuno, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez—. Pero no creo equivocarme al afirmar que la generación del 27 es la más becqueriana de entre las que se han sucedido desde Bécquer hasta hoy. Salinas y Guillén, García Lorca y Alberti, Aleixandre y Cernuda, Dámaso Alonso y Gerardo Diego, Prados y Altolaguirre fueron —y son aún los que viven— becquerianos entusiastas, que han dejado en sus escritos, unos en prosa, otros en verso, testimonios inequívocos de ese fervor por Bécquer. Bastará recordar aquí, para probarlo, algunos de esos testimonios: los ensayos de Jorge Guillén<sup>2</sup>, de Dámaso Alonso<sup>3</sup>, de Gerardo Diego<sup>4</sup>, de Luis Cernuda<sup>5</sup>,

<sup>1</sup> Sobre *Bécquer y Cernuda* hay unas páginas en mi libro *Poesía española del siglo XX*. Madrid, Guadarrama, 1960.

<sup>2</sup> JORGE GUILLÉN, *La poética de Bécquer*. New York, The Hispanic Institute, 1943. Reunido después por el autor en su libro *Lenguaje y poesía*. Madrid, *Revista de Occidente*, 1962.

<sup>3</sup> DÁMASO ALONSO, *Aquella arpa de Bécquer*, en *Cruz y Raya*, núm. 27, junio de 1935, y *Originalidad de Bécquer*, en *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, 1952.

<sup>4</sup> Son numerosos los artículos publicados por Gerardo Diego sobre Bécquer, algunos de ellos de gran interés biográfico. Véase la Bibliografía de Gerardo Diego en el libro de A. GALLEGO MORELL, *Vida y poesía de Gerardo Diego*. Barcelona, Aedos, 1956.

<sup>5</sup> LUIS CERNUDA, *Bécquer y el Romanticismo español*, en *Cruz y Raya*, 26, mayo de 1935; *Gustavo Adolfo Bécquer*, en *Estudios sobre poesía española contemporánea*. Madrid, Guadarrama, 1957; y *Bécquer y el poema en prosa español*, en *Poesía y Literatura II*. Barcelona, Seix Barral, 1964.

o el homenaje de Alberti en *Sobre los ángeles*<sup>1</sup>. No menor es el fervor becqueriano de Vicente Aleixandre, al que voy a referirme en estas páginas, señalando, además, una posible huella o contagio del poeta de las *Rimas* en el autor de *Sombra del Paraíso*. Ese fervor, sin embargo, surge en Aleixandre algo tardíamente, al contrario de lo que ocurre con otros poetas andaluces, como Alberti y Cernuda. Ciertamente, siendo un niño aún —recuerda el propio Aleixandre en una página evocadora<sup>2</sup>— su abuelo le habló de Bécquer y le dio a leer las *Leyendas*, pero aquella lectura infantil no dejó huella en el futuro poeta. Sabemos por confidencia de Aleixandre que tampoco la lectura de algunas rimas en los años del bachillerato le causaron impresión duradera. Habrían de pasar años antes de que Aleixandre se sintiera conquistado por el hechizo de las *Rimas*. El mismo nos ha contado<sup>3</sup> su llegada algo tardía a la poesía, deslumbrado por un libro de Rubén Darío —una antología— que le prestó Dámaso Alonso, cuando ambos eran muy jóvenes —dieciocho años— y se acababan de conocer. La lectura de aquella antología de Rubén abrió a Aleixandre las puertas de la poesía, por las que pronto entró para descubrir, entusiasmado, a otros grandes poetas: Bécquer, Machado, Juan Ramón... En una carta que cita Carlos Bousoño en su libro sobre Aleixandre, confiesa éste: «Bécquer fue un poeta que amé en seguida, y ese gusto no ha sufrido ningún eclipse. Él fue el revelador para mí del mundo romántico»<sup>4</sup>.

La primera cita de Bécquer que encontramos en un texto aleixandriño, figura en el discurso de ingreso de Aleixandre en la Real Academia Española, titulado *En la vida del poeta: el amor y la poesía*, que data de 1949<sup>5</sup>. Al referirse Aleixandre a la poesía cósmica, recuerda los versos de la famosa rima X<sup>6</sup>:

<sup>1</sup> El poema *Tres recuerdos del cielo*, que luego incluiría ALBERTI como prólogo a su edición de las *Rimas*. Buenos Aires, Pleamar, 1944. Igual entusiasmo por Bécquer sienten los prosistas de la generación —José María de Cossío, Joaquín Casaldueiro y Benjamín Jarnés, entre otros.

<sup>2</sup> *Gustavo Adolfo Bécquer, en dos tiempos*, prólogo de VICENTE ALEIXANDRE al libro de RICA BROWN, *Bécquer*. Barcelona, Aedos, 1963. Puede leerse también en las *Obras Completas* de ALEIXANDRE. Madrid, Aguilar, 1968, pp. 1.353-1.362.

<sup>3</sup> En una *Confidencia literaria* que publicó la revista *Entregas de Poesía*. Barcelona, julio de 1944. Publicada después como prólogo a la segunda edición de *La destrucción o el amor*. Madrid, Alhambra, 1945, ha sido incluida en las *Obras Completas* de ALEIXANDRE.

<sup>4</sup> Carta fechada el 8 de julio de 1949. Véase CARLOS BOUSOÑO, *La poesía de Vicente Aleixandre*. Madrid, Gredos, 1956.

<sup>5</sup> Ha sido incorporado a las *Obras Completas* de ALEIXANDRE.

<sup>6</sup> Todas las citas de las *Rimas* se refieren a la edición de JOSÉ PEDRO DÍAZ, en la Colección de «Clásicos Castellanos». Madrid, Espasa-Calpe, 1963.

*Los invisibles átomos del aire  
 en derredor palpitan y se inflaman,  
 el cielo se deshace en rayos de oro,  
 la tierra se estremece alborozada,  
 oigo flotando en olas de armonía  
 rumor de besos y batir de alas,  
 mis párpados se cierran... ¿qué sucede?  
 —¡Es el amor que pasa!*

Es muy posible que el mundo de esta rima —toda la Naturaleza palpitando en comunión apasionada al contacto del amor— haya dejado su huella en la concepción alexandrina de un universo estremecido por el impulso amoroso que le empuja a la unidad total fusionadora de todas sus fuerzas y elementos. En una página de ese mismo discurso académico, Alexandre reconoce que su concepción poética de la creación como fuerza amorosa unificadora está ya anticipada en la poesía romántica, y concretamente en Bécquer. He aquí sus palabras:

«El sentimiento cósmico del amor que... pretenderá coordinar, con nueva síntesis, la fuerza del amor en el hombre con las fuerzas oscuras incorporadas en un cosmos viviente, pertenece a un mundo posterior, el mundo moderno, y no se concebirá sin el transcurso del hombre por el romanticismo. Este adscribirá primero al humano una Naturaleza vivificadora y operante donde el paisaje «tendrá alma» y donde el movimiento del universo será como un gran cuerpo que lentamente se desperceza, se irriga, se colorea, se nombra... La Naturaleza ha dejado de ser fondo y eróticamente se ha hecho sustantiva...»

Y cuando Alexandre trata de caracterizar en ese texto al amor romántico, escoge a Bécquer como ejemplo máximo de ese sentimiento y de su más honda expresión poética. En otra de sus rimas, la LVIII, que empieza «¿Quieres que de ese néctar delicioso...», Bécquer va a ser capaz de expresar, desde el instante de la felicidad amorosa, la renuncia al amor, precisamente, subraya Alexandre comentando esa rima, desde el umbral mismo del amor más dichoso. Esta renunciación, observa Alexandre, «está pasada por la exacerbación dolorosa de la individualidad romántica, y se canta desde la rotura de la armonía espiritual que lleva consigo el amante romántico, quien, en el umbral de lo feliz, no se siente, inarmónicamente, soporte apto para la dicha». Por eso Bécquer, el hombre romántico, «dice a la virgen real (y por ello precisamente insuficiente): «digámonos adiós».

En otro discurso académico, el titulado *Algunos caracteres de la nueva poesía española*<sup>1</sup>, se refiere también Alexandre al autor de las *Rimas*,

<sup>1</sup> Pronunciado en la apertura del curso en el Instituto de España el año 1955. Puede leerse en las *Obras Completas* de ALEXANDRE, pp. 1.411-1.435.

al señalar la conquista que significa, en la nueva poesía española, el llevar a la lírica palabras que en otros tiempos eran juzgadas, por su prosaísmo o vulgaridad, antipoéticas, y por ello eliminadas del lenguaje de la poesía. Pero, comenta Aleixandre, «no es la cosa misma la poética, sino su expresión. La poesía no «eres tú», sino la frase con que Bécquer lo afirma».

Los textos citados son prueba evidente del interés y la admiración que Aleixandre siente por Bécquer. Pero será en otro texto, en el prólogo que escribió para la biografía de Bécquer, publicada por Rica Brown<sup>1</sup>, donde Aleixandre va a consagrar su más conmovedor homenaje al autor de las *Rimas*. En esas páginas, tituladas *Gustavo Adolfo Bécquer, en dos tiempos*, logra Aleixandre una breve pieza maestra en el género de la evocación-semblanza de un personaje. La fantasía y la realidad, el mundo real y el imaginado, se armonizan en ellas de modo admirable, como ocurre a veces en las rimas de Gustavo Adolfo. Pero el relato, puesto en boca de un abuelo del autor, nos da la impresión de absoluta realidad vivida, gracias al arte sutil con que está conseguida la atmósfera —en la escena de la tertulia en el café Suizo, por ejemplo— y trazado el retrato de los personajes. He aquí la imagen del Bécquer de 1870, recién fundada *La Ilustración de Madrid*, tal como lo evoca Aleixandre:

«... Gustavo Adolfo Bécquer hablaba poco. Le miré con atención (es el abuelo de Aleixandre quien narra). El tiempo no había pasado en balde. Delgado de otro modo que antaño, su rostro parecía macerado, apurado diríase, y sus pómulos se transparentaban con cierta rudeza bajo la piel oscura. Pues ésta tenía ahora un color cetrino que rimaba bien con su barba y que se aclaraba en la frente, surcada, cruzada por algunas arruguillas finas y diminutas. Lo que allí se grababa no era el rastro del sueño, sino la experiencia misma de la vida. Los ojos, verdes, cuando se alzaban miraban con serenidad, pero sobre todo con profundo cansancio...»

Este homenaje en prosa —en bella prosa— lo completa Aleixandre con un breve poema que pertenece a su libro *Retratos con nombre*, publicado en 1965 en la colección «El Bardo», de Barcelona. El título del poema —*El escuchador (Gustavo Adolfo Bécquer)*— expresa la intención, de homenaje al autor de las *Rimas*. En pocos, lentos versos sosegados traza Aleixandre un dibujo sutil de la atmósfera del poeta: el aire, la sombra, el silencio en la noche, el silencio que suena porque es la poesía misma, la que oye «el escuchador», el melancólico Gustavo Adolfo Bécquer. He aquí el breve poema:

<sup>1</sup> Incluido en las *Obras Completas* de ALEIXANDRE, en la sección titulada «Nuestros encuentros», pp. 1.353-1.362.

*Mueve el viento.  
Mueve el velo  
quedo.*

*Mueve el aire.  
Mueve el arce.  
Vase.*

*Luz sin habla.  
Voz callada.  
Clara.*

*Sombra justa.  
Suena muda.  
Luna.*

*Y él la escucha<sup>1</sup>.*

\* \* \*

En las líneas que siguen no pretendo hacer un estudio a fondo de las imágenes cósmicas en Bécquer y Aleixandre. Mi propósito es más limitado y modesto: señalar el uso en ambos poetas de un rasgo estilístico que consiste en la fusión e identificación del hombre —el poeta mismo— con las fuerzas elementales de la naturaleza. No se trata, pues, de una simple imagen, ni siquiera de una metáfora<sup>2</sup> por las que el hombre es comparado a un elemento de la Naturaleza: un árbol, un río, una montaña —imágenes frecuentes en Aleixandre—. El procedimiento estilístico a que me refiero no sólo implica la eliminación de todo nexo comparativo, explícito o implícito, sino la plena identificación o fusión con lo creado, afirmada por medio del uso del pronombre de primera persona —el YO del poeta—, seguido de *soy*. Es decir, yo + presente de *ser* con afán identificativo. En su libro sobre Aleixandre, Bousoño ha visto bien que esta fórmula es sólo el reflejo del panteísmo amoroso alexandrino, es decir, «un resultado del anhelo, sentido reciamente por el poeta, de hacer ingresar el contorno dentro de su mismo vivir; de devorar la realidad circundante e interiorizarla, apropiársela, convertirla en sangre de su propio ser»<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Ya en prensa este trabajo. Aleixandre ha tomado parte en la sesión de homenaje que la Real Academia Española ha consagrado a Bécquer, el 18 de octubre, para conmemorar su centenario. En este acto, en el que participaron también Gerardo Diego, José María de Cossío, José María Pemán y Luis Rosales, Aleixandre leyó su poema *Los amantes jóvenes (Homenaje a Bécquer)*.

<sup>2</sup> Las imágenes cósmicas en Aleixandre han sido estudiadas por CARLOS BOUSOÑO en su libro *La poesía de Vicente Aleixandre*. Madrid, Gredos, 1956. Y las de Bécquer, por JOSÉ PEDRO DÍAZ en su obra *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y poesía*. Madrid, Gredos, 1958.

<sup>3</sup> BOUSOÑO, *ob. cit.*, p. 67 y ss. En un poemita de la primera época de Rubén

Veamos, primeramente, algunos ejemplos de esa fórmula identificadora a través de la poesía de Aleixandre, especialmente en dos de sus libros, *Espadas como labios* y *La destrucción o el amor*, en los que tal fórmula es más frecuente.

En *Espadas como labios*:

*Escucha, escucha. Soy la luz perdida  
que la pidan las aguas en el fondo.  
Soy tu memoria muerta por los trópicos,  
donde peces de acero sólido te imitan.*

(Memoria).

*Estoy despierto o hermoso. Soy el sol o la respuesta.  
Soy esa tierra alegre que no regatea su reflejo.*

(Nacimiento último).

*Escúchame. Soy la avispa imprevista.  
Soy esa elevación a lo alto  
que como un ojo herido  
se va a clavar en el azul indefenso.*

(Acaba).

En *La destrucción o el amor*:

*Soy la música que bajo tantos cabellos  
hace el mundo en su vuelo misterioso,  
pájaro de inocencia que con sangre en las alas  
va a morir en un pecho oprimido.*

*Soy el destino que convoca a todos los que aman  
.....  
Soy el caballo que enciende su crin contra el pelado viento,*

---

Darío, *Reencarnaciones*, tras la apariencia del sueño de la reencarnación, me parece ver la misma raíz pantefista, el mismo afán de fusión con la naturaleza que muestran los poemas de Bécquer y de Aleixandre que cito en este trabajo. He aquí el texto del breve poema, que está fechado en Guatemala en 1890:

*Yo fui coral primero,  
después hermosa piedra,  
después fui de los bosques verde y colgante hiedra;  
después yo fui manzana,  
lirio de la campiña,  
labio de niña,  
una alondra cantando en la mañana;  
y ahora soy un alma  
que canta como canta una palma  
de luz de Dios al viento.*

*soy el león torturado por su propia melena,  
la gacela que teme al río indiferente,  
el avasallador tigre que despuebla la selva,  
el diminuto escarabajo que también brilla en el día.*

(Soy el destino).

*Pájaro soy o ala rumorosa que brilla,  
soy esa pluma extensa que con calor de axila  
cobijarla una frente convocándola a un llanto.*

.....  
*soy esa nube ingrátida que detienen las hojas,  
soy la brisa que escapa en busca de la aurora,  
de lo rojo y lo azul, de lo verde y lo blanco...*

(Nube feliz.)

Aunque podrían añadirse más ejemplos <sup>1</sup>; creo que los ya citados son suficientes para mostrar ese afán del poeta de fundirse con elementos de la creación, en un impulso amoroso de integrarse en ella, de —como dice Bousoño— devorar la realidad en torno y convertirla en sangre de su propio ser. La diferencia respecto de la simple imagen es evidente: la imagen, y lo mismo la metáfora, es una comparación o una sustitución; pero la fórmula expresiva de la fusión o identificación —«yo soy»— va más allá, y supone el deseo del poeta de fundirse con la naturaleza o disolverse en ella, destruirse si es necesario —«la destrucción o el amor»— en la llama amorosa con un cuerpo ajeno, cuerpo que puede ser el de una criatura humana y también el del mar o el de un árbol o el de un ave —esas águilas furiosas que destruyen amando—. Fusiones todas que son sólo anticipo del entrañamiento total del hombre con la tierra, que sólo se logra con la muerte.

Veamos ahora algunos ejemplos de esa misma ansia de fusión con la naturaleza en las rimas de Bécquer. Por lo pronto cabe observar que, mientras en Aleixandre ese poderoso impulso es a veces un afán gozoso y alegre, en Bécquer suele ser deseo de aniquilamiento, de huir del dolor que deja como huella la herida amorosa. Compárese, por ejemplo, el final del poema de Aleixandre *Destino trágico*, en que los seres elementales se lanzan gozosamente al abismo para hundirse en la gloria de las olas, con la rima LII de Bécquer que comienza «*Olas gigantes*

<sup>1</sup> Habría que citar también el poema *El frío*, de *La destrucción el amor*, que ha sido estudiado luminosamente por DÁMASO ALONSO en su libro *Poetas españoles contemporáneos* (pp. 279-280 de la tercera edición de Gredos), como un ejemplo de transmutación erótica, de co-fusión, en que el poeta llega a identificarse con las fuerzas de la naturaleza que exaltadamente canta.

que os rompéis bramando...» y en la que, como ha escrito José Pedro Díaz, «la voluntad de aniquilamiento del poeta —que no puede soportar quedarse «con su dolor a solas»— se resuelve en un deseo de retornar a una integración primaria con la naturaleza»<sup>1</sup>. Sin embargo, no falta alguna rima de Bécquer en la que ese afán de enterañarse con la naturaleza no va impulsado por un deseo de aniquilamiento, sino de gozo. Me refiero a la rima VIII que comienza «*Cuando miro el azul horizonte*», y en la que el poeta nos confiese su deseo de «*flotar con la niebla dorada / en átomos leves / cual ella deshecho*» y de anegarse en la luz de las estrellas, y con ellas «*en lumbre encendido / fundirme en un beso*».

En otras rimas el uso de la fórmula *yo soy* o *soy yo* tiene más bien valor metafórico, es decir, da paso a una imagen, y no implica afán de identificación. Es el caso de la rima II, en que el poeta nos dice que él es «*saeta voladora, hoja de árbol, ola gigante o luz próxima a expirar*», imágenes todas que sirven al poeta para comparar su destino errante. Y el de la rima XV, en que el poeta se define así:

*En mar sin playas onda sonante,  
en el vacío cometa errante,  
largo lamento  
del ronco viento,  
ansia perpetua de algo mejor,  
eso soy yo.*

En cambio, el uso de la fórmula *yo soy* con intención identificativa se repite varias veces en la rima V. Se dirá que se trata de una definición, ya famosa, de la poesía, pero es claro que cuando la poesía habla en esta rima, definiéndose a sí misma, quien está hablando es el poeta. Es él quien está expresando su identificación con elementos muy varios de la naturaleza, fundiéndose con ellos:

*Yo soy el fleco de oro  
de la lejana estrella,  
yo soy de la alta luna  
la luz tibia y serena.*

*Yo soy la ardiente nube  
que en el ocaso ondea,  
yo soy del astro errante  
la luminosa estela.*

<sup>1</sup> JOSÉ PEDRO DÍAZ. *Introducción* a su edición de las *Rimas*, colección «Clásicos Castellanos». Madrid, Espasa-Calpe, 1963, p. CII y ss.

*Yo soy nieve en las cumbres,  
soy fuego en las arenas,  
azul onda en los mares,  
y espuma en las riberas.*

*En el laúd soy nota,  
perfume en la violeta,  
fugaz llama en las tumbas  
y en las ruinas yedra.*

Cuando Bécquer añade en otra estrofa:

*Yo sigo en raudo vértigo  
los mundos que voltean,  
y mi pupila abarca  
la creación entera...*

esa pupila no es la de una abstracta diosa de la poesía, sino la humana y penetradora pupila del poeta, de Bécquer mismo, cuya mirada no se contentaba con admirar o reflejar lo creado, pues quería penetrar a fondo en lo que veía, enterañarse con ello:

*Y mi pupila abarca  
la creación entera.*

Éstos versos de Bécquer nos recuerdan, por cierto, la mirada abarcadora y penetradora de Alexandre en uno de sus grandes libros, *En un vasto dominio*, al que podrían servir de lema. En efecto, la honda pupila del poeta de *En un vasto dominio* abarca, en su extendida mirada, *la creación entera*, dándonos una visión unitaria e integradora del universo, que no es extraña a la que Bécquer nos brinda en esa espléndida rima. Un aspecto más de la afinidad entre el autor de las *Rimas* y el de *Historia del corazón*, entre otros que podríamos apuntar si intentásemos —pero no es ese hoy nuestro propósito— un estudio completo del tema.

JOSÉ LUIS CANO